

El poeta versus Lady Macbeth

Por Horacio Castellanos Moya

Las relaciones entre el escritor y el poder político nunca han sido ni serán sencillas, en especial si el escritor se ha implicado, aunque sea temporalmente, en el ejercicio de ese poder. La “luna de miel” entre la mentalidad crítica del escritor y el sentido de obediencia que demanda el poder dura poco y pronto se convierte en un agrio divorcio, muchas veces en medio del escándalo. Los detentadores del poder siempre guardan especial encono hacia los escritores que una vez los apoyaron y aplaudieron, con quienes incluso compartieron las mieles del poder, y que luego se convierten en feroces críticos; los escritores reservan sus mejores dardos para aquellos políticos en los que una vez creyeron y que luego los decepcionaron. Ambas partes se sienten traicionadas y se reservan un intenso odio. La relación entre Voltaire y Federico II es el ejemplo por antonomasia. La historia de América Latina contiene también varios casos. El último de ellos es el de la Nicaragua sandinista, difundido por la prensa como una confrontación entre el presidente Daniel Ortega y el poeta y sacerdote Ernesto Cardenal, pero que en verdad tiene matices shakespearianos.

El caso salió a la luz pública internacional a finales de agosto pasado, luego de que el poeta Cardenal asistiera a la toma de posesión del presidente paraguayo Fernando Lugo, donde dio declaraciones en las que acusó a Ortega de “ladrón” y de haber traicionado la revolución. A su regreso a Managua, Cardenal se encontró con la sorpresa de que un viejo juicio por difamación del que ya había sido sobreseído en 2005, era desempolvado por un juez adicto a Ortega, quien condenó al poeta a pagar una multa de US\$1,025. Éste dijo que prefería ir a la cárcel antes que pagar (la ley nicaragüense impide que personas mayores a 80 años vayan a la cárcel y el poeta tiene 84 años). Entonces el juez congeló las cuentas bancarias de Cardenal.

Hasta ahí el caso parecía una típica situación en la que el Ejecutivo manipula al poder Judicial para reprimir a una voz disidente, un patrón de comportamiento que el gobierno de Ortega ha venido aplicando a aquellos sectores ex sandinistas que se oponen a su política de alianza con los ex contras

y de sometimiento a la jerarquía católica. Cardenal fue ministro de Cultura del sandinismo desde el triunfo de la revolución en 1979 hasta un poco antes de la derrota electoral en 1990. Su ruptura pública con Ortega se produjo en octubre de 1994, cuando lo acusó de haber “secuestrado” al FSLN y de haber perpetrado un “robo descarado” de los bienes expropiados durante la revolución, un fenómeno conocido como “la piñata”. En octubre de 2001, cuando Ortega se disponía a contender de nuevo por la Presidencia, Cardenal hizo público un comunicado (suscrito también por los escritores Sergio Ramírez y Gioconda Belli) en el que entonces lo acusaba de haber “secuestrado” la democracia en Nicaragua y llamaba a no votar por él. Ortega ganó finalmente la Presidencia en 2006. Un año después, el poeta denunciaba una conspiración en su contra orquestada por Ortega y su esposa Rosario Murillo para detener una iniciativa de varias personalidades que proponían a Cardenal para el Premio Nobel de Literatura. Y luego vino el escándalo por lo de Paraguay.

Las ideas de Cardenal sobre dictadura y libertades democráticas, sin embargo, resultan equívocas y más bien hacen pensar que sus diferencias con Ortega se mueven en un terreno resbaladizo que va más allá de lo político. ¿Cómo explicar si no que en varias entrevistas en las que el poeta afirma que en Nicaragua se vive hoy una “creciente represión” en el marco de “una dictadura familiar”, enseguida pase a definirse como “un admirador de la revolución cubana”? ¿No es hasta ingenuo preguntarse si el régimen de los hermanos Castro –la dictadura familiar *per se* del continente– hubiera enfrentado la disidencia de un escritor como Cardenal de una forma más dura y terminante que la de Ortega?

Una lectura atenta de las denuncias del poeta y en especial del tercer tomo de sus memorias, titulado *La revolución perdida* (Editorial Trotta, Madrid, España, 2004), permite comprender que detrás de la confrontación con Ortega existe un campo de batalla solapado en el que “las bajas pasiones arden”, como diría un locutor deportivo, y en el que quizá el presidente de la república es apenas el emisario del verdadero enemigo de Cardenal, de su némesis: la primera dama y también poeta Rosario Murillo. “Ella es la que realmente manda en el país”, reconoció en febrero último el propio Cardenal luego de revelar que

Ortega padece una “enfermedad sanguínea” (entiéndase leucemia) que le impide exponerse al sol y de achacar a Murillo la campaña en su contra.

La confrontación entre Cardenal y Murillo data de 1979, cuando al triunfo de la revolución sandinista el primero fue nombrado ministro de Cultura pese a las ambiciones de la segunda para ocupar esa cartera. El prestigio de Cardenal era más grande que la capacidad de intriga de Murillo en ese periodo. No obstante, la esposa del mandamás de la Junta Revolucionaria de Gobierno logró hacerse con la dirección del suplemento cultural semanal *Ventana*, publicado por el periódico *Barricada*, órgano oficial de los sandinistas. Desde esa trinchera, Murillo se habría dedicado a hacer trabajo de zapa en contra del poeta, según denuncia éste en sus memorias (ver recuadro). Un nuevo forcejeo entre ambos tuvo lugar cuando se fundó la Asociación Sandinista de Trabajadores de la Cultural (ASTC), del cual Murillo salió victoriosa, al convertirse en secretaria general de ese organismo. Cardenal recibió el tiro de gracia en 1988, mientras visitaba Japón en gira oficial, cuando el gobierno decretó el cierre del Ministerio de Cultura y en su lugar creó un Instituto de Cultura del cual la primera dama pasó a ser directora.

A lo largo de ese periodo, que corre de 1979 a 1994, pese a los agravios recibidos, Cardenal le fue fiel a Ortega, incluso escribió en abril de 1991, luego de la derrota electoral de los sandinistas, un prólogo a un libro de Sergio Ramírez (*Confesión de amor*, Ediciones Nicarao, Nicaragua, 1991) en el que destaca un panegírico a Daniel Ortega: “su rostro transfigurado por la dureza, junto con su modestia, su humildad y su identificación con los humildes de Nicaragua”, dice el texto que seguramente ahora producirá rubor y escozor a Ramírez y Cardenal.

Hasta aquí la historia se limitaría a una confrontación a dos niveles entre un poeta disidente y una poeta primera dama: el político, en el que Cardenal fustiga el nuevo perfil del FSLN, aliado con sus antiguos enemigos (los contras y la jerarquía católica); y el personal, en el que Cardenal aprovecha su prestigio internacional para desquitarse una larga lista de agravios perpetrados en su contra por Murillo y que ésta responde azuzando al poder Judicial para que muerda los tobillos del poeta.

Pero lo que le imprime un carácter singular al caso es el perfil de Murillo, su ambición y falta de escrúpulos. La poeta inició su relación marital con Ortega en 1979, en Costa Rica, unos meses antes de que los sandinistas asaltaran el poder. Ella llevaba dos niños de un matrimonio anterior. La chiquilla, Zoilamérica Narvaez, tenía entonces once años de edad y desde ese momento comenzó a ser acosada sexualmente por su padrastro, quien consumaría la violación cuatro años más tarde y la convertiría en su víctima sexual durante más de una década. Yo conocí a Zoilamérica en 1994, en Ciudad del Cabo, Sudáfrica, donde asistíamos a una conferencia un mes antes de las elecciones que ganaría Mandela. Era una trigueña alta, delgada, guapa, simpática, pero con cierto gesto que delataba una especie de quebranto nervioso. Cuatro años más tarde, cuando ella se atrevió a denunciar públicamente la sistemática violación a la que la había sometido el “modesto y humilde” Ortega, comprendí ese gesto, su mirada acuosa.

Rosario Murillo desechó la denuncia de su hija y defendió a su marido; desde entonces su control sobre el sandinismo fue incontenible. El Movimiento Autónomo de Mujeres de Nicaragua explica que el poder de Murillo se origina en haber canjeado la integridad de su hija por el dominio que ostenta sobre Ortega, su partido y el gobierno. Ahora ejerce como jefa de gabinete, vocera presidencial y verdadero poder tras el trono. Los rumores dicen que será la candidata sandinista en las elecciones presidenciales de 2011, que la inspira el ejemplo de los Kirchner.

Las críticas públicas de Cardenal crecen en la misma medida en que aumenta el poder de Murillo. Seguramente habrá un nuevo round. ¿Hasta dónde estará ella dispuesta a llegar para silenciar a las voces disidentes que se pongan en su camino? La confrontación entre el escritor y el poder político puede ser aún más extrema cuando quien ejerce ese poder es una poeta capaz de sacar provecho de la peor ruindad. Las condiciones para el drama están servidas.